



—Sean las que fueren tus empresas, ten cuidado de empezar siempre por la base.

—Está bien, papá, pero ¿si se tratara de hacer un pozo?



W.H.S.

PALIQUE

La vida oculta no se ha hecho para los grandes hombres y mucho menos para aquellos que la suerte ha colocado á las alturas de un trono. Los recios muros de sus palacios, tienen la diafanidad de paredes de cristal debido al moderno reporterismo y á la prodigalidad de las máquinas de instantáneas, que nos enteran hasta en sus últimos detalles de los gustos y aficiones, penas y alegrías, entradas y salidas, y cuanto se refiere á los soberanos reinantes.

En su larga vida, de Príncipe de Gales fué Eduardo VII una constante actualidad para los reporters de los grandes rotativos ilustrados y sin ilustrar de París y Londres, su nombre era traído y llevado con amable confianza y se sabían todas sus andanzas y apurillos, sus gustos culinarios, su culto á la indumentaria, el número de sus trajes, de sus calzados y corbatas, el de sus uniformes, en una palabra, podía decirse del entonces heredero del trono de la Gran Bretaña que era una verdadera popularidad.

De todos los soberanos se conocen notas íntimas. Se caracteriza el Kaiser por sus aficiones militares y así mismo por su gran carácter de asimilación que le permite cultivar con envidiables conocimientos las artes y las letras, ser unas veces brillante orador político, y otras sobre todo en sus viajes marítimos enderezar sermones á sus marineros después de los oficios cual pudiera hacerlo el más consumado predicador. Esto en lo que toca á lo que pudiéramos llamar externo, en orden distinto se conocen algunas particularidades de Guillermo II sobre todo la costumbre de que á cada comida varíe la forma del pan que se sirve en la mesa imperial y que prepare la Emperatriz uno de los platos.

Hoy sabemos asimismo que al igual que su tío Eduardo VII, cuida el Kaiser con gran esmero de su guardarropa, que según el *The Munsey* está evaluado en dos millones de marcos. ¡Ya es gastar dinero en trajes! Solo para custodiar, cepillar y arreglar el guardarropa imperial se gastan 20,000 marcos anuales. El Kaiser posee 300 uniformes militares. De ellos usa treinta y cinco continuamente. Cuando tiene que vestirse un uniforme nuevo se lo comunica al mariscal de la corte, quien la vispera da las oportunas órdenes. Un empleado al servicio del guardarropa hace entonces tres listas de los objetos concernientes; una de las prendas de vestir, otra de los accesorios, y una tercera de las condecoraciones.

Después de examinado todo ello muy detenidamente, se lleva al gabinete del Emperador quien no emplea en vestirse más que un cuarto de hora. Es una admirable organización que permite á Gui-



El maestro — Yo le creo bastante adelantado para saltar á otra clase.
La mamá. — ¿Y si se rompe una pierna?

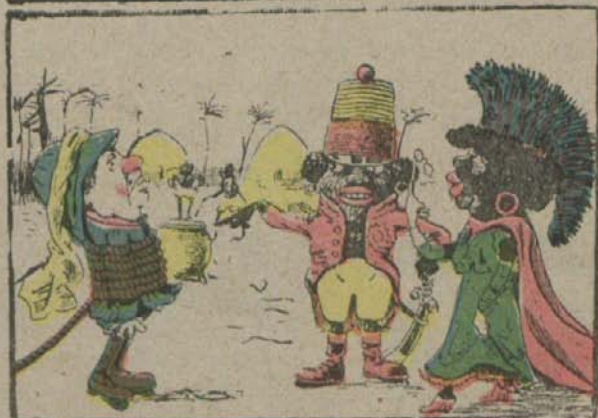
lermo II cambiar de uniforme siete veces al día sin gran pérdida de tiempo.

Nosotros pensamos que tanto como la organización debe contribuir la práctica, ya que la de vestirse siete veces al día acaba para convertir en maestro, sea Frégoli ó Emperador.

PACHIN

UNA HISTORIA

MUY NEGRA



Hará dos ó tres siglos (siglo más, siglo menos), reinaban en el celebrísimo país del Congo los angustosymagnánimos monarcas Zulima Cháchara y Yema de Coco, los dos reyes tan idólatras y amantes de su pueblo que fueron adorados por su tribu de negritos antropófagos que le obsequiaban cotidianamente con las dulces y sabrosísimas frutas de su país natal. Un día que los monarcas se habían desayunado con un centenar de moscas y estaban muy contentos, mandaron á sus soldados que fuesen á explorar los alrededores de sus laberínticos bosques. Así lo hicieron una patrulla de kabilas mandada por su ilustre jefe Ya me la pagarás. Poco tiempo hacía que se habían introducido en aquellos parajes, cuando

entre un enjam-
bre de monos y
cotorras halla-
ron un hombre
blanco que en
el momento de
ser detenido,
llamaba a su
mamá porque
dos atrevidas
monas le dispu-
taban un coco,
hecho prisione-
ro é interrogado
por su jefe,
declaró que se
llamaba *Polido-
ro Nomeacuer-
do* y que era tan
distráido y ol-
vidadizo que
verdaderamen-
te no sabía si
estaba vivo ó
muerto. *Ya me
la pagarás* cre-
yéndose que le
tomaba el pelo
quería hacerlo
devorar por una
cotorra pero
acordándose
después que no
llegaban á tan-
to sus derechos,
volvióse con sus
soldados y pre-
sentóse delante
del rey. El mo-
narca bajó ma-
jestuosamente
de su trono,
acercóse al pri-
sionero, le pal-
pó las pantorri-
llas, luego los
muslos y el pe-
cho y dirigién-
dose á los mi-
nistros dijo con
voz melosa en
la que se descu-
bría una inten-
ción dañina:



—Lo mejor será, *Melapagarás*, que me lo hagas estofado, muy cargado de pimienta y condimentado con dos ajos muy picantes, á los que darás antes un baño de petróleo y aguarrás.

Y luego, dirigiéndose al público, murmuró en voz alta:

—He dicho.

La ovación fué unánime, los aplausos tan estruendosos y formidables que por un momento se apagó el sol; y las ranas, creyéndose á media noche, empezaron sus guturales canciones; pero toda esta alegría y regocijo, que iba acrecentándose hasta parecerse al disparo de varios cañonazos, fué interrumpido por el dulcísimo suspiro real de la augusta *Zulima*, la cual con voz enternecida dijo: «—¡Lo preferiría en el arroz con leche, suprimiendo la canela.» Habo varios murmullos de aprobación, teniendo que retirarse el monarca y los ministros para deliberar de qué manera estaría *Nomeacuerdo* más apetitoso.



- ¿Podrías decirme, Pepito, para qué sirve la nariz?
- Para ver.
- ¿Cómo para ver!
- Seguramente, puesto que tú pones los lentes encima.

La angusta *Cháchara* aprovechó esta libertad para confesar su amor á *Polidoro*, haciéndole pintar por cuatro de sus negritas de la cabeza á los pies con betún Nubian; luego, para castigar la crueldad de su esposo, lo hizo achicharrar por media docena de sus favoritos; la

majestuosa figura de Yema de Coco se convirtió en humo, y luego en una densa nube que descargó una tempestad terrible, sin embargo á la mañana siguiente salió el sol más brillante y espléndido que nunca.

Zulima, después de haber tenido á su esposo Nomeacuerdo dos días en almíbar para que su negra piel se saturase de la fragante olor de las frutas de su país, lo agarró con sus manos reales y de un empujón lo lanzó en el trono proclamándole rey, siendo los dos augustos un ejemplar de la raza caníbal.

Hoy hay en el Congo dos seres petrificados con esta inscripción:

Polidoro Nomeacuerdo y Zulima Cháchara

Altezas fósiles



El médico.—¡Oh, que mala lengua!
El marido.—Hace tiempo que se lo digo; tiene muy mala lengua y esto acabará por jugarle una mala pasada.

UTILIZACIÓN DE LOS PERROS DE GUERRA

Varias tentativas se han hecho para utilizar los perros como auxiliares en la guerra.

Actualmente, los franceses, en Tonkin, hacen una experiencia que da excelentes resultados.

Atan unos cuantos perros á un poste y obligan á los prisioneros annamitas á que les peguen varias veces al día, mientras que los soldados franceses están encargados de acariciarlos y darles de comer.

A los pocos días de este tratamiento ya pueden soltar á los perros y llevarles á las avanzadas

del ejército pues distinguen á considerable distancia á un annamita y denuncian su proximidad con terribles ladridos.

En la batalla de Austerlitz, el abanderado cayó herido de muerte y un austriaco se apoderó de la bandera, entonces el perro *Monstache* cogió con los dientes el glorioso trofeo lleno de sangre, le arrancó de las manos del austriaco y le volvió á su regimiento.

En recompensa de esta acción *Monstache* fué condecorado en el mismo campo de batalla por el mariscal Lannes.

UN CRIADO INTELENTE



El profesor. —¿Ya está la comida?
—Ahora llamaré al amo.



El profesor. —¡Qué significa ese ruido!
—Que fuerte está el condenado tapón.



—Ya está la comida; ahora llamaré al amo.
El profesor. —¡Qué significa este ruido!



—Todo es en vano, este viejo no me oye.

HÉROES ESPELUZNANTES

La niña Estrella de Dulcemiel y su hermanito Eleazar, sólo gustan de libros de espeluznante lectura cuyos héroes andan siempre con la espada desnuda ó se comen á los niños crudos.

Su madre está disgustadísima de los gustos de sus hijos, y les invita á que miren en torno suyo y se dejen de espantarrantes aventuras. Un día, para curarles de su afición, les anuncia la visita de un personaje como no hayan visto jamás otro igual.

—Un hombre de espada,—les dice,—¡con un asador cuyo mango tiene lo menos dos metros!

Los chicos abrieron los ojos asombrados.

—Vestido de un modo tan original, que no haya otro que vista como él.

Los niños juntaron las manos.



—Aún que sea sordo me va á oír.



—Señor profesor, la comida está servida.

—Y todos los días asa algunos de sus semejantes.

Los niños quedaron asombrados.

La mañana siguiente, emoción general. Eleazar leyó de nuevo sus autores favoritos empapándose con sus sangrientas hazañas. Estrella cuidó de su indumentaria, adornándose con un limosnero de la Edad Media, del más pintoresco efecto.

El carruaje que conducía al anunciado héroe llegó á la quinta y la verja fué abierta de par en par.

Un hombre apareció. Era el cocinero mandado á llamar por la mamá, el cual empuñaba un asador de dos metros.

—Miradlo bien,—les dijo su madre con voz conmovida,—este hombre es el que cada día despacha tres ó cuatro de sus semejantes asándoles sin compasión.

Los niños quedaron curados para siempre.

NO LE INVITARON

El primo de los Radioses se casa dentro de un mes con la señorita Susana de Zaraban, y Riri no ha sido invitado a la boda.

—No quiero chiquillos, —había declarado el novio.

Y Riri, que tiene catorce años se considera ofendido por haber



—¡Debe costar mucho dinero un automóvil!
—En efecto, es preciso tener...



... unos riñones muy sólidos.

sido considerado como un chiquillo; no piensa más que en vengarse, pues tiene muy mala cabeza.

—Yo daré con una idea, —dice a su amigo René, —quisiera impedir esa boda.

—Esto sería muy difícil,—observó René.

Pero Riri ha dado sin duda con la solución, pues se apresura á comprar un carnet y un lápiz, y los guarda en su bolsillo como periodista encargado de una información.

La señorita Susana entra en la confitería con dos de sus amigas, y Riri detrás de ellas, como por casualidad, y oye: «—Yo adoro los dulces. La cocina casera me dá horror. Cuando me case, jamás me ocuparé de ella.»

Riri toma notas, va al restaurant donde almuerza su primo Radirose y le oye decir: «—Adoro la cocina casera, la cocina burguesa. Sólo me caso para disfrutar de ella.»

Riri continúa tomando notas. Ve que Susana entra en casa de la modista y la sigue.

—Mi marido será muy rico,—dice,—por consiguiente quiero ropas muy lujosas y caras. Nada será nunca demasiado bueno para mí.

Riri registra esta declaración y sigue á su primo, que va á casa de su sastre á hacer sus encargos.

—Quiero cosas sólidas y de telas gruesas,—dice,—pues me caso para hacer economías.

La novia va al depósito de automóviles.

—En cuanto me case,—afirma,—compraré dos autos; quiero uno de espléndido y me gusta la velocidad.

El novio va á casa del vendedor de caballos.

—Contadme entre vuestros clientes,—le dice,—siento gran afición á los caballos; en auto nadie me verá jamás.

En todo sucedía igual.

Susana adora los perfumes, las carreras y el baile.

Radirose prefiere el campo y la vida de familia.

Al cabo de quince días, Riri va á enseñar el carnet á su primo.

—Hé aquí,—le asegura,—porqué se casa Susana.

—¡Qué horror!

El novio no quiere oír hablar de nada más. Riri se va entonces á casa de la novia, y ésta á su vez se siente desengañada. La boda queda deshecha, y Riri dice por la noche á su amigo:

—Mi idea ha sido buena. Ya te aseguro que otra vez me convidarán á la boda.



¿Por qué los borrachos comen poco?

Porque lo poco que comen lo conservan en el alcohol.

—Pero ¿es posible que se entretenga usted en leer una novela, mientras que mi hijo está llorando?

—¡Oh! ¡No me molesta, señora, ya estoy acostumbrada!

EL INSTINTO DE IMITACIÓN

Entre los infinitos animales que forman la escala zoológica, hay algunos que están tan íntimamente ligados al hombre que hacen vida común con él y le siguen en toda su existencia.

Hay entre los que pudiéramos llamar *de adorno*, uno que se ve con alguna frecuencia en los balcones de las casas atado con una cadena sobre el cual voy á fijar vuestra atención, queridos lectores.

Sapongo que habreis acertado que animalejo es este; es el mono, animal que tiene desarrollado como ningún otro el instinto de imitación, es decir que obra en su interior una fuerza tal, que le obliga á

ejecutar todo aquello que ve con la misma precisión é igual riqueza de detalles que pudiera hacerlo la persona más inteligente.

Como el mono todo lo imita, claro es que tiene que hacer cosas buenas y cosas malas. En la sociedad presente por desgracia los malos hechos superan mucho á las buenas acciones y siendo esto así, calculad cuan perjudicial será el mono para la humanidad.

Para demostraros de un modo palmario donde llega el instinto de imitación del mono,



—Según este tratado de cocina una cabeza de ajos equivale á una libra de carne; por lo tanto pon tres y tendremos carne para toda la semana.

no, voy á contaros un sucedido ocurrido en un pueblo de la Mancha.

Vivía en dicho pueblo, cuyo nombre no hace al caso, un matrimonio joven al que habían regalado un mono chiquitín que fué creciendo hasta hacerse bastante grande merced á los cuidados de la señora que á falta de hijos, tenía puestos los ojos en el repugnante animalejo.

Celebraba mucho la señora las gracias del monito, y este la pasaba tan bien que muchas personas envidiaban su suerte. Nada hacía su ama que él no repitiera al punto, el mono lavaba, el mono planchaba, el mono barría, porque veía lavar, planchar, y barrer en casa de sus

dueños. Como el animal observaba por lo regular buena conducta, gozaba de la mas ilimitada libertad recorriendo á sus anchas toda la casa desde los bajos hasta los tejados

Quiso Dios que aquel matrimonio tuviese un hijo y con tal motivo el ascendiente que con aquellos señores tenía *Macaco*, habia de debilitarse forzosamente. Sin embargo, la señora de la casa aunque adoraba á su hijo no se olvidaba de *Macaco* y consentía que este estuviese junto á la cuna y hasta que meciera al niño alguna que otra vez. Cuando



LA NUEVA SIRVIENTA

—¿Cómo diablos no me ha reconocido en seguida? La señora ya le debe haber dado mis señas personales.

—Si, señor; pero con estas señas hay muchas personas; grueso, encarnado, delgado...

el chiquitín no callaba en la cuna, su madre lo tomaba en brazos y lo paseaba, todo lo cual era atentamente observado por el mono.

Un día la madre del niño, casi recién nacido, dejó á éste en la cuna durmiendo y salió de la habitación á dar órdenes á los criados. Cuando volvió la cuna estaba vacía.

¿Cómo pintar los gritos de dolor, la desesperación de aquella pobre madre?



—Pepito, ¿cuál es el animal más terrible y que uno ha de temer más?

—La abuelita.

—¿Cómo la abuelita!

—Sí, porque tú dijiste el otro día á un caballero: mi suegra es el animal más terrible de la creación.

El padre del niño tuvo una idea feliz fundada en el instinto de imitación de *Macaco*. Para realizarla sacaron la cuna del niño á un punto donde el mono la viera, se hizo con ropa blanca una muñeca á semejanza de una criatura y la madre lo colocó cuidadosamente en la cuna, todo lo cual fué visto por *Macaco*.

Apenas se alejaron un poco de la cuna todos los que trataban de engañar al mono, bajó éste del terrado y dejó al niño que lloraba amargamente, en la cuna con exquisita solicitud.

No bien hubo dejado al niño, todos sus perseguidores se precipitaron sobre él, muriendo el infeliz *Macaco* víctima de su instinto de imitación.

Su primer impulso fue llamar á su esposo y á cuantas personas había en la casa. Todos acudieron presurosos, pero ninguno se daba cuenta de aquella repentina desaparición.

De pronto aquella madre angustiada comenzó á decir. —¡Ese *Macaco*! ¿Dónde está el mono? ¡Ese se ha llevado á mi hijo!

Todos salieron en busca de *Macaco*, unos con escopetas, otros con palos y los más con piedras.

En el tejado más alto de la casa dieron con el mono que muy tranquilamente paseaba en brazos al niño como repetidas veces había visto hacer á su dueña.

Ya podeis figuraros cuantas serían las exclamaciones y amenazas de los que perseguían al mono. Pero ¿quién le tiraba una piedra?... Podían herir al niño. Correr tras él y asustarle sería una temeridad porque en la huida arrojaría á la criatura.

CUARTELERÍAS

Un teniente pregunta á un soldado:

—¿Sabe usted leer y escribir?

—Leer, no; pero escribir, sí, zeño.

—A ver, escriba usted.

El soldado coge el papel y la

pluma y traza cuatro garabatos.

El teniente, al ver aquellos signos cabalísticos, le pregunta:

—Pero ¿qué ha escrito usted?

—Mi teniente, ya le he dicho que no sabía ler.

A. FABREGAT

PASATIEMPOS

REGALOS

DEL "CORREO DE LOS NIÑOS"

- 1.º Un precioso reloj de oro.
- 2.º Un retrato con marco dorado.
- 3.º Un magnífico juguete, á elegir.

Más de 500 premios en cuentos y novelitas infantiles.

FRASE HECHA



CHARADA

Prima y dos en todas casas
hay una, aunque chica sea,
tercia y cuarta yo vi
que cosía con la izquierda.

El todo es una ciudad
española muy nombrada,
y en las ciencias reputada
la gran Universidad.

—Hace ocho días que no como, caballero,—le dice un mendigo á Rodrigo tendiéndole una mano.

—Lo mismo me ocurre á mí,—contesta Rodrigo,—será que tenemos el mismo médico, haga lo que yo, busque otro á ver si nos prescribe nuevo tratamiento.

JEROGLIFICO

NOTA	CONTRACCIÓN	TORO
------	-------------	------

P. DIAZ.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIÓN á los pasatiempos del número anterior

Charada. — Sandalia.

Jeroglífico ilustrado. — Correa.

Jeroglífico. — Géneros de entretenimiento.

CORRESPONDENCIA

E. R. Esperamos de ti cosas mejores.—Don José Burgos. Publicaremos el chiste ilustrado.—R. Molinas. El jeroglífico y la fuga de vocales bien.—A. Menéndez Alexander. Se ha publicado lo que mandas; gracias por la observación. Puedes mandar, si gustas, las construcciones.—Enrique Brunet. Se publicará el cuento á la mayor brevedad.—José Rull. Se publicará.—Tomás Gómez. Irán las charadas.—Eduardo Alvarez López. Se publicará el cuento.—E. L. D. Tendría que corregirse mucho tu poesía; no te desanimes por ese pequeño contratiempo.—Pepe Alvarez. Los dibujos han de ser delineados con tinta china.—Ángel Luis Torraquín. Se publicará el artículo.—M. R. Desearíamos que mandases los artículos con más claridad.—Félix Gil. Irá el pasatiempo.—Natividad Díaz. Respecto al concurso, ya avisaremos oportunamente.

Para la correspondencia al director de
Correo de los Niños, Apartado 88.

Redacción y Administración: Calle de las Cortes, 695.—Barcelona

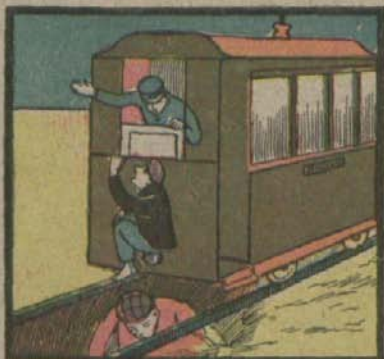
UN VIAJE INTERRUPTIDO



Trabajaba Rosendo con denuedo,
con el pico y la azada muy tranquilo.



Cuando el timbre de alarma de un tranvía
le advierte del peligro que corría.



Un chicleo que viajaba gratis
se ve rudamente sorprendido.



Y del furor del conductor, buyendo,
cae ¡infeliz! sobre el pobre Rosendo.



Que vuelto de tan grande sobresalto
le premia, si tal, tan prodigioso salto.



Y dicen que desde aquel día
no se colgó el chico del tranvía.